







[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

*Los besos de María*

© 2001: Triunfo Arciniegas

© De las ilustraciones: 2005, Cecilia Varela

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá — Colombia

[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-97-1

Impreso en Colombia

Impreso por Colombo Andina de Impresos S.A.S.

Primera edición en Alfaguara Infantil Colombia: octubre de 2001

Primera edición en Loqueleo Colombia: diciembre de 2016

Primera reimpresión en Loqueleo Colombia: mayo de 2017

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

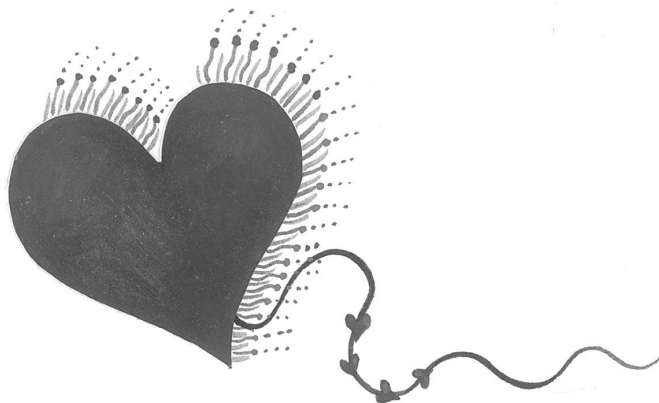
Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

# Los besos de María

Triunfo Arciniegas



loqueleg



*A María Herminia Cáceres,  
árbol de mis hojas.*





## Jonás, el pirata que se quedó del barco

Era terrible ese pirata. Su cabeza brillaba como bola de billar. De la oreja izquierda le colgaba una argolla de oro macizo. Las tres heridas de cañón que adornaban su pecho parecían rasguños si se comparaban con el remiendo de la pierna. Sus brazos, gruesos troncos repletos de tatuajes, exprimían al enemigo como si fuese una naranja y, en las parrandas, quebraban los toneles de vino como si fuesen huevos. Con sus manos desnudas podía atrapar un cocodrilo. Era terrible, era un pirata. 9

Ni los cocodrilos podían con Jonás.



El pobre cocodrilo, triturado entre sus brazos, soltaba el reguero de lágrimas y suplicaba el perdón. Jonás, el pirata que se quedó del barco, abría los brazos de par en par y concedía el perdón con humildad y benevolencia. El cocodrilo, avergonzado, se escondía entre las aguas y se alejaba para siempre.

11

Qué terrible era el pirata. Si amanecía con los trapos al revés, gritaba como loco para asustar a los pájaros y soplabla hasta encrespar el mar. En el brazo izquierdo se tatuó un corazón en llamas y en el derecho un ancla rodeada de estrellas. Una flor de grandes y hermosos pétalos enmarcaba las cicatrices del pecho.

Jonás, el pirata que se quedó del barco una tarde de noviembre, vivía de mal humor, el tabaco siempre encendido, apretado entre los dientes. Unos días estaba peor

que nunca y sus compañeros mantenían la distancia para salvar el pellejo: el pirata de la pata de palo se rascaba sin ruido, el cocinero se prohibía llorar mientras picaba la cebolla, el pirata más gordo cantaba tapándose la boca. Un solo grito de Jonás hacía tambalear el barco.

Una vez casi naufragan por una cuchara. La niebla rodeaba el barco, la sopa se enfriaba y Jonás, muerto de hambre, no encontraba su cuchara de plata.

—¿Quién demonios escondió mi cuchara? —gritó—. ¿Cómo demonios le voy a decir a mamá que perdí su cuchara del alma? Por si no lo saben, perteneció a su abuela, doña Agapita de Montenegro, que en paz descanse. Papas, reyes y generales se tomaron la sopa con esa cuchara.

Todo el mundo tembló. El barco tembló. El mar tembló. Los tiburones se alejaron

espantados. Hasta la niebla desapareció con pasos de algodón.

Jonás gritó tres veces y el barco se sacudió tanto que le entró el agua, como treinta pocillos de agua. Pataleó y los piratas, con el corazón en la boca, recogieron los pies. Como sesenta pocillos de agua salada y fría entraron sin permiso.

13

El enano que dormía debajo de la mesa se despertó al tercer grito: tenía un sueño de piedra. Se acomodó el parche sobre el ojo izquierdo y con el otro descubrió la cuchara tirada en el piso, mojada pero intacta, perfecta, junto a una moneda de oro. Feliz e iluminado, dio tres saltos mortales y quedó de rodillas a los pies de Jonás, con la cuchara en la mano.

—¿Esta es la cucharita suya? —preguntó con su fina vocecita de enano chillón.